

Cuentos chinos para niños

Eulalia Hernández Ciro

Explorar estas
bibliotecas de niños,
tanto sus contenidos
como la forma en que
se fueron armando, nos
da pistas de nuestras
infancias y de los
medios culturales en los
que crecimos.

[...] el orden de una biblioteca no encontrará nunca -no debería encontrar- una solución. Simplemente porque una biblioteca es un organismo vivo en permanente movimiento. Es terreno volcánico, en el que siempre está pasando algo, aunque no sea perceptible desde el exterior. “En estos ámbitos, todo orden no es sino un estado de inestabilidad sobre el abismo” (Benjamin)

Roberto Calasso
¿Cómo ordenar una biblioteca?
(2021, p. 63)

Las bibliotecas son universos maravillosos. Ni qué decir de las bibliotecas de niños. En buena parte son una extensión de las bibliotecas familiares, con todo lo que ello implica: herencias, regalos, azares. Son elecciones que preceden los gustos de los niños y que, más bien, los van estructurando, con afinidades y distancias. En mi caso, algunos libros, folletos y cancioneros *estaban* en casa antes de yo nacer. Con el paso del tiempo y tránsitos por varios espacios, esa biblioteca de niña siguió armándose. Después de disfrutarla por varios años, pasó a



Una aventura hacia otras miradas, no hacia los “grandes libros de la izquierda”, sino a la literatura infantil.

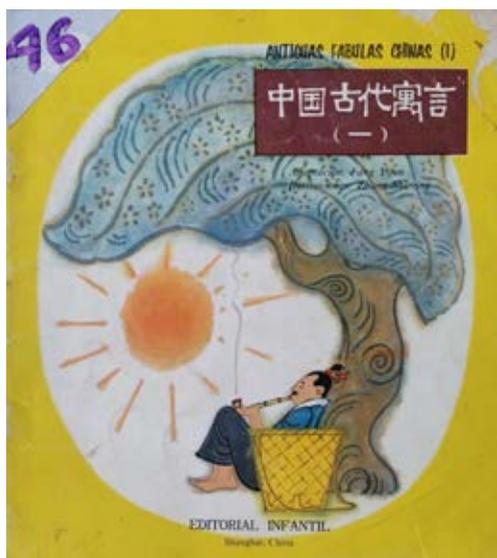
ser la biblioteca de mi hermana menor, a la que llegaron libros nuevos, otros quedaron en desuso y otros se perdieron. Hace poco, entre varios estantes, recuperé algunos vestigios de esa biblioteca que me impulsaron a escribir estas líneas.

Siempre llamó mi atención que tuviera libros muy distintos a los de otros niños que conocía: **no eran cuentos de hadas y princesas**, como Cenicienta, Blancanieves, Caperucita Roja y El Patito feo; o de Disney, con el Pato Donald o Mickey Mouse como protagonistas. Estos eran libritos coloridos, llenos de personajes pintorescos como pandas, carpas, tigres, elefantes, zorros, conejos, canguros, potrancas y dragones, y flores exóticas: de loto, ciruelos, rosas de la India. Otras de las cosas que me generaron curiosidad en esos tiempos, fueron los símbolos y líneas que no podía entender. Con el pasar de los años, comprendí que se trataba de “cuentos chinos” o, como lo nombran en algunos de sus sellos

editoriales, “cuentitos chinos para niños”.

Recorriendo sus portadas y contraportadas, su materialidad, descubrí que la mayor parte de los libros de mi biblioteca de niña fueron impresos en la República Popular de China, en los Talleres Gráficos de Lenguas Extranjeras de Beijing, entre las décadas de 1970 y 1990. No es extraño que sea esta la literatura la que acompañó mi infancia. Las afinidades y la formación política de mis padres, hicieron que además de estos cuentos chinos, las obras completas de Marx, Engels, Lenin y Mao ocuparan buena parte de la casa. Pero, más allá de los ámbitos universitarios, políticos y sindicales, **¿cuáles fueron las apropiaciones y circulaciones de estos materiales en la vida cotidiana de muchos niños y familias?**

En tiempos donde la izquierda, el socialismo y el comunismo en nuestro país siguen siendo rechazados, aún sin saber muy bien de qué tratan esas corrientes e ideologías, y sin reconocer sus condiciones de posibilidad y emergencia –geográficas, temporales y materiales- y las diversas formas de circulación, expansión y apropiación que tuvieron por el mundo entero, estoy convencida de que **vale la pena aventurar otras miradas**. Por ello, quisiera sumar algunos recuerdos y memorias –míos y de mis padres-, así como vestigios de algunos de esos libros y otros tantos pedazos de historia, para



contar desde otro punto de vista los aportes de lo que historiadores como Juan Guillermo Gómez han llamado “libros de izquierda en Colombia”. Ya no desde los grandes clásicos y de la literatura para adultos, sino desde lo que he querido nombrar como “cuentos chinos para niños”.

**

Cuando era niña vivíamos en el sótano de la casa de mi abuela paterna, un espacio soñado. Se trataba de una de esas casas viejas de Bello, con solar, palos de mangos, aguacates, guayabos, brevos y flores. Una de las plantas que más recuerdo es aquella florecita amarilla –que luego supe que se llamaba camarón– que siempre estaba llena de hormigas y con la que me encantaba jugar. Además del solar, otra de las cosas fascinantes del sótano era que la última de las habitaciones, la más oscura, estaba llena de libros. En

estantes, recostados en las paredes –casi hasta el techo–, en el piso, en el centro sobre una mesa, apilados... Era la biblioteca de mi papá. Además de esa habitación, toda la casa estaba llena de libros, folletos, papeles y casetes. En ese mar de cosas, en un mueble blanco, con varios compartimentos, había un espacio para mis juguetes. Peluches, muñecas, cubos de armatodo, piezas de madera, vinilos, plastilinas y libros, que ocupaban dos de los compartimentos. **Si, los libros también eran mis juguetes.**

Entre mis preferidos estaban “Reconstrucción del puente”; “El conejito ámbar”, “Pollito venga a su mamá”, “Las carpitas saltan el arco del dragón”, “La potranca pasa el río”, “La casa a cuestras del caracol”, “Buscando a mamá”, “El panda acróbata”, y “Somos buenos niños”. Se trataba de **cuentos, libros ilustrados, dibujos para colorear, leyendas chinas adaptadas**, “antiguas fábulas chinas” con bellas ilustraciones y colores que llamaban mi atención. Recuerda mi mamá que la colección que teníamos era muy grande, que había cuentos distintos para leer cada día. Entre las colecciones y editoriales, sobresale la Editorial Delfin, de Beijing, y una editorial infantil de Shanghai, encargada de la “divulgación cultural para niños”.

Siempre pensé, con el deseo de una niña consentida, que mis padres habían comprado esos libros para mí. Vaya sorpresa al enterarme que mu-



Una aventura hacia otras miradas, no hacia los “grandes libros de la izquierda”, sino a la literatura infantil.

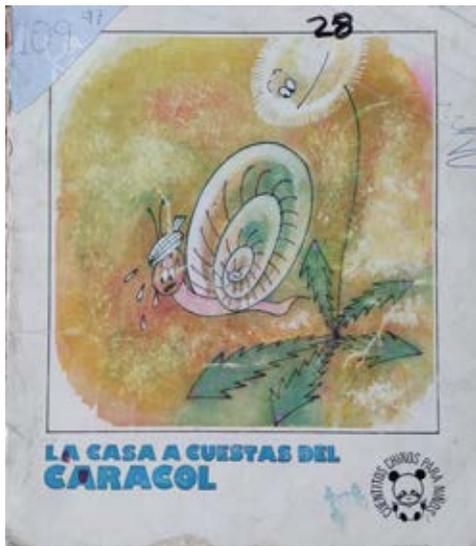
chos de esos libros estaban incluso antes de que mi vida estuviera en sus planes. Los consiguieron con el propósito de tener material pedagógico, didáctico y lúdico para sus clases y para sus estudiantes, de escuelas y liceos públicos. Recuerdan que las bibliotecas escolares eran muy precarias, si acaso tenían algunos libros de texto, de Santillana y otras editoriales, pero con contenidos, usos y estéticas limitados.

Una cosa afortunada de esta preexistencia fue que pudieron leerme esos cuentos desde que estaba en el vientre de mi madre. Luego, ante la pregunta de qué hacía con los libros, mis padres recuerdan que cuando era pequeña me leían el cuento, pero a medida que iba creciendo, nos sentábamos juntos para ir leyendo,

mientras me mostraban los dibujos y las letras. La mayoría de historias eran con animales, en un vocabulario sencillo, con letras grandes, con ilustraciones que ayudaban a la comprensión y que proponían otras formas de lectura y sensibilidades. Luego, cuando era más grandecita, rayaba los libros, los ojeaba una y otra vez, inventaba historias... Me sentaba a leer el cuento, como hacen los niños antes de que sepan leer convencionalmente.

Otra de las historias bonitas de la que vengo a enterarme ahora que indago por mi biblioteca de niña, es que **mi madre llevaba un cuento distinto cada día para leerle a los niños de su escuela primaria.** “Preparaba el cuento en la casa”, es decir, me lo leía mientras me iba mostrando las ilustraciones e iba pensando cuál era el cuento más indicado para las situaciones y momentos del grupo. Cada día le prestaba un libro a un niño para que lo llevara a su casa, con el compromiso que lo regresara al día siguiente. Y así muchos libros dieron la vuelta. Los niños hacían fila para llevarse los libros a casa, emocionados. Eso sí, recuerda mi madre que me tenía que pedir permiso y explicar por qué sacaba los libros de la casa. Así que, otra cosa afortunada: **mi biblioteca fue extensiva a otros niños. Se hizo colectiva.**

La mayoría de estos cuentos chinos los compró mi padre en el centro de Medellín en los años 1970 y 1980, en



la Librería El Zancudo, ubicada al lado de la también desaparecida Librería Continental, diagonal al Portacomidas, yendo hacia la Plazuela Nutibara, por Calibío con la Av. Primero de Mayo. Otros tantos los consiguió en la Librería Científica, ubicada sobre la carrera Junín. En El Zancudo además consiguió sendas colecciones, como las Revistas *Pekin Informa*, *China Reconstruye* y *Mujeres de China*, con fotografías e ilustraciones bellísimas que seguramente ocupan un lugar importante en la historia del arte, de la ilustración y de las publicaciones periódicas.

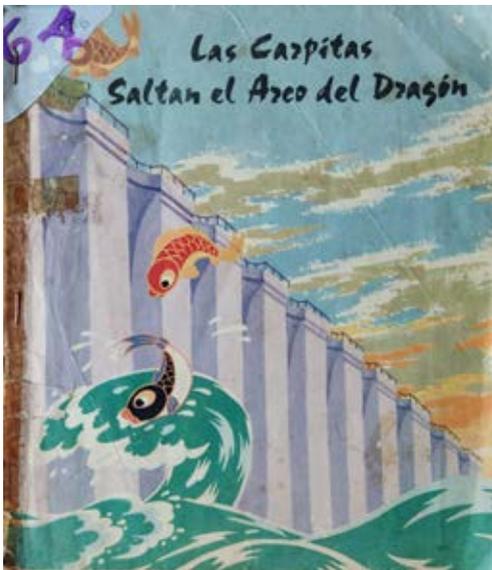
Algunos de estos materiales fueron producidos -y difundidos planetariamente- en el contexto de la llamada Gran Revolución Cultural Proletaria o Revolución Cultural China, ocurrida entre 1966 y 1977, liderada por el Partido Comunista de esa República. Pero también, muchos de estos

libros e historias hicieron parte de un movimiento expansionista más amplio que durante todo el siglo XX se jalonó desde varios polos de poder, buscando vincular a las emergentes naciones de África, Asia y América Latina a proyectos políticos y económicos concretos. Así, la formación y **la expansión no solo era filosófica y política, sino que estaba atravesada por lo cultural** y, allí, la divulgación cultural para niños fue una arista importante.

Por ejemplo, según mi padre, uno de los cuentos chinos más conocidos, *El potrillo cruza el río*, que tuvo ediciones posteriores como *La potranca cruza el río*, fue una forma de divulgar entre públicos más amplios las cinco tesis de Mao Tse Tung, en su conocido Libro Rojo, donde se pregunta "¿De dónde provienen las ideas correctas?". Allí encontraría un ejemplo de la teoría del conocimiento y del paso de lo racional a la práctica. En el cuento, el potrillo tiene que cruzar un río y llevar un saco de maíz para moler. Ante el miedo a cruzar, se encuentra con el buey, que le dice que el río no es muy hondo, pero luego la ardilla le dice lo contrario. Ante la duda, se devuelve donde la mamá y ella le dice que razone. El potrillo vuelve a la orilla y se compara con los dos animales y logra atravesar con éxito el río. Según su tamaño, el agua del río no era tan poco profunda como decía el buey ni tan profunda como la ardilla.

Además de los cuentos chinos que ocupaban buena parte de mi biblioteca, también estaban los cuentos de Horacio Quiroga y los cancioneros de Jairo Ojeda y Luis Aguilé; *Las aventuras de Pinocho*, en la versión extensa de pasta amarilla de Carlos Colodi; los dos volúmenes de *El Quijote de la Mancha*; las fábulas de Esopo; *Los amigos del hombre*, de Celso Román; los *Cuentos picarescos para niños de América Latina*, y el libro de *365 cuentos. Uno para cada noche*.

Si bien buena parte de esos libros estaban en mi casa antes de nacer y fueron llegando, por varios caminos, recuerdo las esperadas visitas, cada año, a la Feria del Libro que se hacía en el recién inaugurado Palacio de Exposiciones -década de 1990-. En los pabellones de colores, amarillos, azules, rojos, habían un universo fantástico de libros, afiches, juegos



didácticos y maletines, además de las actividades, lecturas y espacios destinados para el público infantil. En especial, recuerdo a los promotores de lectura de **Ratón de Biblioteca**, quienes también impulsaron el pabellón infantil de la Feria.

**

Explorar estas bibliotecas de niños, tanto sus contenidos como la forma en que se fueron armando, **nos da pistas de nuestras infancias y de los medios culturales en los que crecimos**. En un país como el nuestro, con pocos apoyos a los circuitos de la producción de libros y a los sectores culturales y educativos, las editoriales de izquierda como La Oveja Negra y las impresiones en lenguas extranjeras, fueron vitales para enriquecer nuestros universos desde los años sesenta del siglo XX.

Estos cuentos chinos, que eran parte de las labores pedagógicas, didácticas y lúdicas de mis padres, terminaron haciendo parte de mi vida y lograron que el estudio y la lectura fueran una fuente de placer. Hoy, conectados al mundo entero a través de la internet, por plataformas interactivas y de televisión, es difícil imaginarse las décadas de 1980 y 1990, donde estos intercambios estaban mediados por los libros y sus recorridos materiales. Ante el predominio de otras estéticas y visiones del mundo, como la estadounidense, con sus películas, músicas, series, modas, caricaturas, políticas



educativas y culturales, los cuentos chinos significaron una ventana para conocer, sin saberlo en ese momento, **otros universos, narrativas y estéticas más allá de Occidente y el Norte geopolítico.**

Referencias

Álbum familiar, Familia Hernández Ciro.

Entrevista realizada a Betty Ciro y César Hernández, La Ceja, 30 de mayo de 2022.

Calasso, Roberto, *Cómo ordenar una biblioteca*. Barcelona: Nuevos Cuadernos Anagrama. 2021.

Gómez, Juan Guillermo, *Cultura intelectual de resistencia: contribución a la historia del “Libro de izquierda” en Medellín*. Bogotá: Colciencias, Universidad de Antioquia, Ediciones Desde Abajo, 2005.

Eulalia Hernández Ciro

Medellín, 1986. Historiadora y Doctora en Historia de la Universidad Nacional de Colombia, sede Medellín. Magíster en Estudios Socioespaciales, Universidad de Antioquia. Profesora Investigadora del Instituto de Estudios Regionales INER de la Universidad de Antioquia. Coautora del libro *Palabras de amor en fragmentos de papel. De la escritura y los relatos populares en el Archivo Histórico Judicial de Medellín 1900 – 1950*. Y de las cartillas *Patrimonio vivo de Frontino. Inventario de las expresiones del patrimonio cultural inmaterial, Mucha tela que cortar. Memorias e historias desde los barrios de Robledo*, y *Arte, piel de barrio. Memorias artísticas y culturales desde las calles y esquinas del noroccidente de Medellín: 1970 – 2012*.